



## Carl Bolle y su importante aportación a la botánica y ornitología de Canarias

Marcos Sarmiento Pérez

Entre los naturalistas alemanes que visitaron Canarias a mediados del siglo XIX, el botánico y ornitólogo berlinés Carl Bolle ocupa un lugar muy destacado. Si exceptuamos a Francis C. MacGregor, es el autor alemán que más tiempo pasa hasta entonces en las Islas (dos años) y el primero que las visita todas. El volumen de su obra sobre Canarias es sorprendentemente amplio y variado: botánica, ornitología, historia, y cultura y civilización. Incluso nos deja el itinerario de excursiones que recomienda a los visitantes de Tenerife.

Carl August Bolle nació en Schöneberg, distrito de Berlín, el 21 de noviembre de 1821 y murió en esa misma ciudad el 12 de febrero de 1909. Estudió ciencias naturales en la Universidad de Berlín (en la de Bonn, según otras informaciones). Su holgada situación económica le permitió dedicarse por entero a sus investigaciones. En 1867 adquirió, en calidad de enfiteuta, la isla de Scharfenberg, situada en el lago Tegel de Berlín, que había estado anteriormente en manos de la familia Humboldt. En esta isla construyó una casa, reunió una colección de más de 1.200 plantas leñosas, cultivó plantas exóticas y llevó a cabo investigaciones dendrográficas. Desde allí recibieron muchos jardines botánicos semillas para cultivo. Entre los muchos naturalistas y amigos que visitaron a Bolle en aquella isla cabe destacar a Sabin Berthelot, que escribiría al respecto: “Estos recuerdos me emocionan y jamás se borrarán. Recuerdo su amable recibimiento, su generosa y franca cordialidad y todo lo que he podido ver y admirar gracias a las atenciones de que fui objeto”.



Aparte del estudio de la botánica y la ornitología de la Macaronesia, este botánico investigó la marca de Brandenburgo. Entre sus numerosas actividades destacó su participación en las Asociaciones de Ciencias Naturales de Berlín, especialmente en la de la provincia de Brandenburgo, en la que llegó a desempeñar la presidencia, y en cuya revista publicó 22 artículos. También fue diputado de los ciudadanos de la Comisión de Jardinería en 1877, y participó en la creación de zonas verdes en la capital prusiana, apoyando la idea de que los grandes parques debían parecerse a la naturaleza real, como había hecho él mismo en Scharfenberg. Por último, también colaboró como consejero en la fundación del Museo de la marca de Brandenburgo, en cuyas publicaciones aparecen varios de sus trabajos. Bolle poseía un amplísimo círculo de conocidos y amigos, y además, dominaba varios idiomas. A este respecto escribiría Berthelot: “Es uno de los más destacados naturalistas de Alemania: habla y escribe francés como si hubiera nacido en París, el español no le es extraño, lo mismo que el italiano: es casi un políglota”.

Su prolífica producción literaria se compone de 304 trabajos, entre los que figuran varias traducciones al alemán, y publicaciones conjuntas con varios autores, como, por ejemplo, el destacado ornitólogo de aquel momento A. E. Brehm. En su aportación a la ciencia, Bolle no sólo descubrió especies hasta entonces desconocidas, sino que redescubrió otras cuya localización no se había indicado en su momento, o se había perdido. En 1880-1881 editó el primer número de la revista de botánica *Deutscher Garten*. Lamentablemente, una parte importante de su colección de plantas resultó considerablemente dañada durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre las motivaciones de este botánico y ornitólogo para venir a Canarias, además de su propio interés científico, contó el estímulo de Humboldt y Buch, a quienes conoció personalmente: “Nuestro excelso sabio, Leopold von Buch, me prohibió regresar a Berlín sin haber visitado la grandiosa Caldera”. Por otro lado, si bien no dice expresamente que viniese por motivos de salud –como ya empezaba a ponerse de moda entre personas adineradas de Europa, y como fue el caso del botánico Hermann Schacht– sí alude al respecto: “Habría podido rendir muchísimo más si sus



fuerzas físicas hubiesen estado a la altura del afán que le animaba, y si un estado de salud perturbado no se hubiese interpuesto en su camino, convirtiéndose con demasiada frecuencia en un obstáculo”.

Carl Bolle no escribió un informe pormenorizado de su estancia en nuestro Archipiélago, y su diario, al que se refiere con frecuencia, no se llegó a publicar. Para hacer una reconstrucción medianamente comprensible, hemos utilizado las alusiones, fechas e informaciones que aparecen aquí y allá en sus numerosos trabajos, las cartas que escribe a Berthold Seemann y al redactor de la revista *Bonplandia*, las que recibió de Berthelot y los trabajos

de S. Salinger y H. Strehlow. La información global nos la proporciona él mismo: “Por lo que al propio autor de estas líneas se refiere, en dos estancias en las Islas, la primera, mayoritariamente, en 1852 y la otra en 1856, sumando entre ambas un total de casi dos años, se dedicó con especial predilección a estudios del campo de la ornitología en la medida en que las circunstancias se lo permitieron”.

En su primer viaje, nuestro autor llega a Tenerife, procedente de Cabo Verde, en los primeros días de noviembre de 1851, y permanece allí hasta marzo de 1852. Los meses de abril y mayo los pasa en Lanzarote y Fuerteventura. A finales de mayo visita Lobos. Regresa a Tenerife, y desde allí, viaja a finales de agosto a La Palma, donde permanece todo septiembre. El 19 de octubre regresa a Cabo Verde.

La segunda vez, Bolle llega a Santa Cruz de Tenerife el 26 de febrero de 1856, procedente de Londres. Hasta comienzos de mayo permanece en Tenerife. Mayo, junio y julio los pasa en Gran Canaria, y el 1 de agosto regresa a la isla del Teide. Entre septiembre y octubre, sin que podamos



Efigie de Carl Bolle en el Jardín Botánico “Viera y Clavijo” de Gran Canaria.



precisar las fechas, está tres semanas en La Gomera: “Fue en octubre de 1856 cuando, acompañado sólo por un guía, me adentré en él [el bosque]”.

Nuestro autor se desplaza con frecuencia entre las Islas a bordo de incómodos barcos de cabotaje. En tierra se mueve en mulo, en caballo (en Tenerife tenía el suyo) o en camello (Fuerteventura y Lanzarote). La información sobre la estancia en cada una de las Islas es desigual; a Tenerife y a La Gomera les dedica, por separado, un trabajo monográfico. Es de suponer que tuviera la intención de hacerlo con el resto de las Islas, pero la idea no llegó a realizarse. En Tenerife fue donde pasó más tiempo (un invierno completo y parte del otro): “Me hospedo en una habitación grande y muy simple en una fonda española que ya se empieza a decorar con trofeos botánicos y de otro tipo; espoleo mi mulo a través de los barrancos y alivio mi corazón con sonoras carambas cuando el puchero del almuerzo aparece en la mesa mal cocinado o cuando el vino catalán sabe demasiado agrio”. De su estancia en esta isla cabe subrayar la especial amistad que mantuvo con Berthelot, en cuya finca de Geneto pasaron gratos momentos. Las alusiones al afecto que profesaba a su amigo francés son constantes a lo largo de su obra, destacando de él su elocuencia y gran amor por la naturaleza canaria. Entre las costumbres que de Tenerife nos menciona nuestro autor, destacamos las peleas de gallos: “Se los cría con gran esmero; se los mantiene en jaulas de caña y se los echa a pelear unos con otros en galerías construidas expresamente para tal fin, en presencia de un público que se arruina haciendo apuestas”.

En Gran Canaria, calificada por Bolle como la más fecunda de las Canarias, pasó los meses de mayo, junio y julio de 1856. Las informaciones sobre esta estancia son también escasas: anécdotas, noticias breves o referencias a los lugares donde encontró plantas u observó aves. Algunos de los paisajes de la isla, con abundantes y hermosas palmeras, le recuerdan a Sheherazade, la heroína de *Las mil y una noches*. En el Sur pasó bastante tiempo, y, probablemente debido a sus cartas de recomendación, se alojó en la *Hacienda Maspalomas*, que menciona, entre otras ocasiones, al referirse al pájaro palmero: “[...], situada en el extremo sur de Gran Canaria, no tiene palmeras, pero sí vastos campos de trigo e inmensas eras, en las que se



trilla la producción de excelentes cosechas, siguiendo la ancestral costumbre patriarcal, con bueyes, caballos y mulos, a los que, atados de una cuerda, se hace dar vueltas pisando el trigo con los pies". Desde allí realizó una excursión a la Charca de Maspalomas acompañado por dos muchachos que lo guiaron, y que iban provistos de cestos para recoger huevos: "Cuando regresamos a casa y contamos los huevos, había más de 400; parte de ellos nos los comimos con buen apetito aquella misma noche, y los restantes al día siguiente, preparados en diferentes platos de cuaresma, principalmente en exquisitas tortillas". En otro pasaje nos relata que en los solitarios valles del sur, los pastores le ofrecían desinteresadamente leche de sus cabras. También pasó algún tiempo en Las Palmas, a cuyo respecto dice de La Alameda: "Aquí suele reunirse todos los días al anoecer la gente distinguida para pasear y disfrutar del fresco. Españolas llenas de gracia, vestidas de crujiente seda negra y envueltas en encajes blancos, caballeros elegantes y niños de agradables semblantes deambulan de acá para allá [...]". Por las frecuentes menciones a localidades, tanto de la



*Aeonium webbia*, endemismo de Cabo Verde descrito por Carl Bolle.



costa como del interior, se desprende que Bolle recorrió toda la isla, y entre las personas que nombra como amigos suyos figuran el capitán George Finlay, don Francisco Castillo y don Agustín Penichet.

Respecto de El Hierro, sólo disponemos de dos escuetas referencias a la visita del botánico berlinés: en una carta que envía a Philip Barker Webb, en agosto de 1853, y cuando nos indica que pasó una noche en la casa de un tal Gervasio Quintero, que le servía como guía. Es muy probable que se tratara sólo de una estancia corta, aprovechando una escala del barco en el que viajaba.

Tampoco sobre La Palma hemos encontrado más que algunas alusiones. En un pasaje se refiere a ella como “aquella isla inolvidable”. De su visita a La Caldera nos cuenta, entre otras cosas, que se había encontrado con grupos de jóvenes, que –alegres y de buen humor, pese a la tendencia de los palmeros a la melancolía– recolectaban raíces de helechos para el invierno, y que le hablaron de dos clases: una comestible y otra muy amarga, que se diferenciaban no por su aspecto externo, sino probándolas. Y también nos relata que vivió momentos de nostalgia: por ejemplo, cuando, sentado bajo el Roque de Idate, contemplando el pinar y oyendo el barranco, recordó al ya anciano Leopold von Buch y a su paternal amigo Berthelot, que también habían estado en aquel lugar, y, en su soledad, tarareó los versos del poeta alemán Heinrich Heine dedicados al pino del Norte que sueña con una palmera de Oriente.

Si bien Bolle nos deja amplia información sobre las características botánicas y geológicas de las *Purpurarias*, la referida a su viaje y estancia es escasa. Sabemos que estuvo en ellas en abril y mayo de 1852, y que inicialmente desembarcó en Gran Tarajal. A principios de abril paseó repetidas veces a lo largo de la costa de Jandía, y posteriormente recorrería toda la isla y Lobos. Parte del tiempo se alojó en la casa de la familia Manrique de Lara, en La Oliva. En varias ocasiones se refiere al coronel como su apreciado amigo don Francisco Manrique de Lara y Ponte, y en otras nos menciona sus partidas de caza en compañía de su joven amigo Cristobalito Manrique de Lara. En otro pasaje menciona a otro de sus amigos en la isla, don Carlos Quintana, y también relata haber estado en la casa del Dr. D. Tomás Mena.



Firma de Carl Bolle extraída de una carta escrita a Philip Barker Webb.

En cuanto a sus excursiones por aquella isla, cabe destacar la realizada a la Villa de Betancuria, en camello y acompañado por dos majoreros llamados Santiago Barreto y Anastasio Aguilar. El alcalde los alojó en su casa y les proporcionó un guía que los condujo hasta Río Palmas, cuyo extenso y hermoso oasis de palmeras respondía perfectamente, según Bolle, a la descripción de Bontier y Leverrier. En relación con la costumbre de los majoreros de contar historias, nos reproduce una, que tuvo lugar durante una de las paradas para comer: “El último en empezar fue Anastasio, que hasta entonces había permanecido en silencio, apartándose el pelo de la frente: ‘¿Ve Usted, caballero, allá abajo en el valle, aquel otro grupo de palmeras? Entre ellas hay una cuyos dátiles no tienen hueso: son dulces y cómodos de comer. [...] ¿Pero sabe usted, tal vez, cómo surgieron estos dátiles?’ Ante mi respuesta negativa, el joven sonrió con astucia y prosiguió: es una historia antigua; [...]”. Bolle alude, asimismo, a la práctica de dar a los recién nacidos una infusión de aulaga como tónico, o como protección contra poderes ocultos: “Rico o pobre, no sería un auténtico majorero el que de niño no hubiese probado esta bebida amarga de la aulaga”.

De su estancia en Lanzarote, pese a haberla atravesado de Papagayo a Haría, apenas nos deja noticias. Cabe destacar el comentario sobre la existencia en otro tiempo de una región de bosque siempre verde, del que Berthelot había llegado a ver aún restos de sólidos tocones, y del se hace



Parada en una colina entre Antigua y Betancuria, Fuerteventura.

mención en la crónica de la conquista cuando se relata que al vencido rey de la isla, Guadarfia, le correspondieron 300 yugadas de terrenos de cultivo y de bosque. Bolle considera que pudiera tratarse del monte de laureles y hayas cerca de la cima de la ermita de las Nieves en las Peñitas del Chache. En cuanto a algunas costumbres de la isla, explica la diferencia entre "terrenos arenados" y "terrenos simples", y relata cómo se solía cazar la paloma (*Columba livia* L.): golpeándola con palos en la oscuridad en las cuevas donde pasaba la noche, tras taponar la entrada.

Lobos la visita Bolle desde Fuerteventura, a finales de mayo: "Una canoa ligera nos dejó en una playa de la arena más blanca y fina que se pueda imaginar".

De La Gomera, donde el botánico berlinés estuvo tres semanas, nos deja un amplio relato monográfico. Dos aspectos le impresionaron especial-





mente: la historia de la isla y el bosque virgen: “El profundo y misterioso silencio de este maravilloso bosque, en el que pasé varios días, interrumpido sólo por el murmullo de los manantiales y el susurro del viento en las copas milenarias, dejó en mí un recuerdo imborrable, que, aunque se me concediese vivir aún muchos años y mi añoranza por volver a verlo no se viese satisfecha, lo conservaría en toda su frescura hasta el último momento”. Pocas semanas después de su estancia en La Gomera, Bolle regresa a Alemania, desde Tenerife, sin saber que ya no volvería al Archipiélago.

La obra de este autor sobre Canarias se compone de 32 trabajos –que fueron viendo la luz entre 1853 y 1893– sobre botánica (19), ornitología (9) y cultura y civilización (4). Bolle, esencialmente botánico, llevó a cabo una importantísima investigación de la flora canaria, recogida en 19 aportaciones: *Las palmeras en las Islas Canarias; Novitiae florae caboverdicarum. Canariarum stirpium...*; *Acerca de dos nuevos helechos; Asplenium newmani* y *Cheilanthes guanchica*, dos nuevas especies de helechos; *El culantrillo, un helecho de manantiales y doméstico, y la yerba tostonera; El helecho hembra y el pan de helechos; Las localizaciones de los helechos en las Islas Canarias (I, II, III, y IV); Las escrofularias de las Islas Canarias; Ruthea, un nuevo género de umbelíferas; Flora de las islas en otro tiempo denominadas Purpurarias y hoy Lanzarote y Fuerteventura con las islas menores Isleta de Lobos y La Graciosa; Addenda ad floram Atlantidis, praecipue insularum Canariensium Gorgadumque (I, II, III, IV y V); y Análisis botánico retrospectivo de las islas de Lanzarote y Fuerteventura.*

El naturalista berlinés descubrió nuevas especies, entre las que cabe destacar: *Cheilanthes guanchica*, Bolle; *Asplenium newmani*; *S. langeana* Carl Bolle; *S. anagae* Carl Bolle nov. sp.; *S. berthelotii* Carl Bolle nov. sp.; *Ruthea herbanica* Bolle; *Ononis christii* Bolle nov. sp.; *Lotus crythrorhizus* Bolle nov. sp.; *Bupleurum glaucum* DC; *Plantago aschersonii* Bolle. nov. sp., y *Aeonium manriqueorum*, C. Bolle. Varias de las plantas descubiertas por él las dedicó a personalidades destacadas del momento: El *Asplenium newmani* lleva el apellido de su amigo Edward Newman, autor de la obra *History of British Ferns*. Con la denominación de la *Ruthea herbanica* dejó constancia de la patria de la planta (*Herbania*), y expresó su afecto al



Profesor J. F. Ruthe, descubridor del *Vaccinum intermedium*, y con quien Bolle mantuvo un breve pero imborrable encuentro en 1849: “Estaba sentado en un sofá sobre el que colgaba el gran mapa físico de Tenerife de Leopold von Buch. Valga esta circunstancia como excusa de que sea precisamente un género de planta canario el que le dedico”. La *Ononis christii Bolle* nov. sp. la dedica al botánico suizo Herman Christ, que también había investigado las plantas canarias. A la familia Manrique de Lara le obsequió la *Aeonium manriqueorum*, C. Bolle: “Se ha dedicado a la noble familia canaria Manrique de Lara, a la que profeso gran afecto, y de cuya tierra proviene nuestra planta, [...]”. De la *Lavandula minutolii*, C. Bolle se nos dice: “Se le ha dado este nombre en honor del Ilustrísimo Julius Freiherr von Minutoli. [...] Debido a su extraordinaria humanidad y afabilidad de carácter, dejó grata y duradera memoria en aquellas Islas, a las que profesa sincero afecto”.

De forma general, Bolle incluye información sobre varios aspectos: autores anteriores a él; nombre de la planta antes de Linneo; nombre común (en español y, a veces, en lengua aborigen canaria y portugués); lugares donde fue encontrada, o las características geológicas del suelo donde crece. De algunas da la diagnosis en latín, y son frecuentes las alusiones al *Diccionario de Historia Natural* de Viera (del que dispuso de una copia del manuscrito, que luego se editaría por primera vez en 1866). En ocasiones, se indica cómo se produjo el descubrimiento, y las razones consideradas para su denominación.

Las localizaciones que señala resultan especialmente importantes, pues, debido al cambio climático, a la dinámica interna de los ecosistemas y, sobre todo, a las actividades humanas, algunas plantas han desaparecido de lugares donde antaño eran comunes. Como ejemplo, podemos referirnos al *Hymenophyllum tunbrigense*, que ya no se ha vuelto a encontrar en la cabecera del Barranco de Arguineguín, Gran Canaria, y del que Bolle nos dice que Despreaux lo había descubierto allí en 1838.

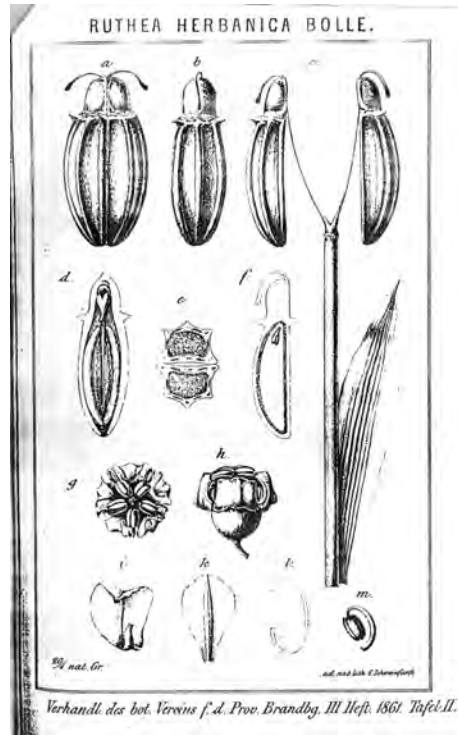
Del trabajo sobre las palmeras –primeras representantes de la flora de los Trópicos que los viajeros contemplaban al llegar Tenerife– escribiría su compatriota y botánico Berthold Seemann: “También se dudaba de que la



palmera datilera fuese autóctona de las Canarias; en adelante, ya no será así, pues el Dr. Carl Bolle ha resuelto definitivamente esta cuestión, tanto a través de los documentos históricos como de sus propias observaciones". Bolle aborda aspectos históricos sobre esta planta, y señala que en La Palma, de forma extraña, se encontraban palmeras datileras entre los pinos, algo que Leopold von Buch había puesto en duda. La segunda aportación está escrita en latín y recoge 19 especies de helechos de Cabo Verde, 9 de las cuales se daban también en las Canarias.

*Las localizaciones de los helechos en las Islas Canarias*, trabajo en el que se catalogan 43 especies, fue publicado en 4 partes. Se destaca que los helechos habían quedado como tipos originales de una vegetación realmente autóctona, testigos de épocas pasadas: "[...] el número de sus especies probablemente no haya aumentado ni disminuido desde que el primer velero fenicio hiciera su aparición en aguas canarias". En el artículo sobre *Las escrofularias* –de las que nuestro autor había descubierto 3 nuevas especies– aborda las 8 especies conocidas hasta aquel momento en el Archipiélago.

*Flora de las islas en otro tiempo denominadas Purpurarias y hoy Lanzarote y Fuerteventura, con las islas menores Isleta de Lobos y La Graciosa* recoge un listado sistemático de las plantas de las islas orientales en el que se catalogan 415 especies –cuatro de ellas descubiertas por el propio Bolle: *Ononis christii* Bolle nov. sp., *Lotus crythrorhizus* Bolle nov. sp., *Bupleurum glaucum* DC. y



Plancha de la *Ruthea herbanica* de Carl Bolle.



*Plantago aschersonii* Bolle. nov. sp.–, agrupadas en 62 familias. El penúltimo de los trabajos, escrito en latín y publicado en cinco partes, recoge 161 especies.

Finalmente, en *Análisis retrospectivo de la botánica de las islas de Lanzarote y Fuerteventura*, Bolle analiza la flora de estas dos islas y de las isletas. Su catálogo contiene ya 400 especies de fanerógamas y criptógamas (139 más de las recogidas por Georg Hartung 30 años atrás). Nuestro autor considera que la desertización de las *Purpurarias* se había debido a los volcanes, a las cabras y, sobre todo, al hombre, pues en ellas debió de existir un denso bosque de arbustos, interrumpido por espacios dedicados a los pastos, que en determinados puntos presentaba mayor altura: “[...] yo mismo vi en la ladera norte de la cumbre de Jandía impresionantes restos, en estado de desmoronamiento, de troncos de la *Catha cassinoides*; incluso en la época en que yo estuve allí se mantenía aún vivo el recuerdo de los olivos silvestres que habían dado nombre a la pequeña ciudad de La Oliva”. En cuanto a la *Roccella tinctoria* (orchilla) y a la *Parmelia perlata* Ach., –musgo que se exportaba a Inglaterra (*Canary moss*) para la industria textil– el botánico berlinés subraya el importante papel desempeñado por ambas plantas en otro tiempo: “Fueron estos líquenes los que hicieron célebres estas Islas en la Antigüedad y le procuraron el nombre de Purpurarias en la época romana. ¿No habla acaso el profeta Ezequiel, muy vinculado a los asuntos fenicios, de mantos coloreados con la púrpura de las islas Elisa?”. Entre la masa global de plantas, Bolle considera conveniente distinguir los endemismos de las plantas con un marcado carácter local, pues sus oportunidades de supervivencia son menores que las de otras, bastando una subida excesiva de la marea, un desprendimiento de tierra o una erupción volcánica para barrerlas de la superficie del planeta. El listado que se incluye aquí recoge: 46 especies de plantas canarias o pertenecientes a este tipo; 26 saharianas o saharoides; 35 endémicas; 14 de plantas de carácter marcadamente local (plantas limitadas) y, por último, 5 de plantas supuestas, que Berthelot había incluido en su *Histoire Naturelle des Îles Canaries*, pero que luego no recogió en listas posteriores y que ningún otros científico había visto.

Pese a que Bolle era botánico, también la ornitología ocupó un lugar importante en su aportación científica: “No había ido allí precisamente para ocuparse



de la Ornitología; no obstante, lo hizo porque estaba allí y a cada paso que daba se le abrían nuevos horizontes; porque su interés se volvió por entero y sin reservas a esta rama de la Zoología tan sumamente interesante". Lamentablemente, la colección de aves que nuestro autor llevaba para el Museo de Berlín se perdió en el mar a causa de un temporal, aunque se pudieron salvar algunos canarios silvestres y un pinzón real de Fuerteventura. Su aportación a la ornitología canaria la conforman 9 trabajos: *Consideraciones acerca de las aves de las Islas Canarias* (I y II); *Mi segunda aportación a la Ornitología de las Islas Canarias* (I y II); *El canario salvaje (del monte), una biografía*; *Información suplementaria en relación con el mundo de las aves, *Anthus berthelotii*, una nueva especie de bisbita*; *Sobre la *Anthus* de las Canarias, reconocida como especie nueva y denominada *Anthus berthelotii**; y *A la sombra del Pico de Tenerife*.



*Statice humboldtii* (act. *Limonium pectinatum*), especie de siempreviva descrita por Carl Bolle.

En general, Bolle proporciona abundante información sobre las aves que cataloga: nombre científico y, a veces, el vulgar; localidad, hora o mes del año en que las vio; dónde anidan, si se las ve con frecuencia, si las hay en todas o sólo en algunas de las islas, o si las cazó él mismo; ocasionalmente, describe los métodos y trucos de caza. Por otro lado resulta sumamente



interesante el sinnúmero de anécdotas, historias, dichos o creencias populares que recoge en relación con el mundo de las aves: por ejemplo, al hablar del cuervo, relata que los pastores en Jandía lo llamaban “el pájaro más perro”, porque le sacaba los ojos a cabritos y corderos para comerse los.

El número de aves catalogadas en los dos primeros listados lo cifra el propio Bolle en 115 (85 de tierra y 50 acuáticas). Las 134 especies (frente a las 108 de la *Ornithologie canarienne* de Berthelot) que el autor considera observadas hasta aquel momento las distribuye numéricamente en función de las familias (32).

Para cuando nuestro autor publica el primero de los artículos –en el que cataloga 64 aves–, ya había pasado su primer año en las Islas y se encontraba de vuelta en Alemania. En líneas impregnadas de nostalgia, rememora su estancia en el Archipiélago y, especialmente, su entrañable amistad con Sabin Berthelot, con el que durante muchos meses salió de cacería e hizo excursiones botánicas: “A él agradecemos la mayor parte de lo que sabemos”.

En el tercer trabajo, que ve la luz justo después de la segunda estancia de Bolle en el Archipiélago, se destaca el carácter europeo de la ornitología de las Canarias, y, salvo la esporádica presencia de algún ave tropical africana debida a la casualidad o a fuertes corrientes de aire, muy poco hay que evidencie la cercanía del África tropical. Se subraya que, además del tipo europeo, hay otros dos: el egipcio-líbico y el atlántico (auténticamente insular), que corresponden al dualismo: islas orientales (6 especies, en las que aparecen las aves realmente del desierto) e islas occidentales (7 especies).

Luego, en un extenso artículo, Bolle aborda monográficamente el canario salvaje (del monte), menos conocido que el modificado por el hombre: “Sin duda, nada nos hizo recordar más a nuestra patria ni nos ayudó más a alejar la sensación de ser extraños en las Islas que precisamente el canto del canario, que amablemente nos saludaba por doquier, y que en aquella tierra suena más o menos con la misma cadencia que el pinzón en Alemania”. Resultan muy interesantes las informaciones rela-



tivas a su captura: empleando una trampa llamada “falsete”, en la que se solían introducir, como reclamos, pintos y silleros: “Vimos cómo se capturaban de este modo, uno después del otro, de 16 a 20 ejemplares en pocas horas”.

En el sexto trabajo, el naturalista berlinés añade algunas aves extraídas de la obra de MacGregor. Posteriormente ofrece también un estudio sobre una nueva especie de bisbita: “El nombre que le otorgo, denominándolo *Anthus berthelotii*, en memoria de mi apreciado amigo Sabino Berthelot, me lo han dictado los sentimientos del corazón al tiempo que un agradecido reconocimiento a su gran mérito científico”.

El último de los artículos sobre la ornitología de Canarias –*A la sombra del Pico de Tenerife*–, es el texto de una conferencia pronunciada el 9 de mayo de aquel año, con motivo de la junta anual de la Sociedad de Ornitólogos en Berlín, de la que Bolle era vicepresidente. Para entonces tenía 69 años y, en líneas impregnadas de nostálgicos recuerdos, ofrece una visión global sobre el mundo de las aves del Archipiélago: “La tierra a donde nos llevó este estudio es una tierra de sol. De buena gana se busca allí la sombra, la del bosque de frutales impregnados del aroma del azahar, la oscura del bosque de laurisilva [...]. Pero tu sombra, que sobresale por encima de todo, tú, antiquísima y gigante montaña de fuego [...], nadie necesita buscarla: ella envuelve por su propia voluntad en su nube violeta a las siete islas, al mundo de las gentes que las habitan, a sus plantas y animales, y, por ende, también a nuestras queridas aves. De esta sombra nos separamos alegres y tristes a un tiempo por los recuerdos”.

La tercera parte de la obra de Bolle se compone de 4 trabajos sobre diversos aspectos de la cultura y civilización de las Islas: *Consideraciones generales*, *Esbozo histórico*, *Tenerife* y *La Gomera*, todos ellos recogidos bajo el epígrafe general *Las Islas Canarias desde mi propia experiencia*. En el primero se exponen, inicialmente, algunas consideraciones de tipo geográfico, y se destaca la merecida reputación del clima: “Dada la práctica inexistencia de efectos perjudiciales, nunca será suficientemente recomendado para personas con dolencias pulmonares o nerviosas”. Nuestro autor nos deja también comentarios sobre la población isleña: rasgos fiso-



nómicos, lengua aborigen, moral y costumbres, clero, vestimenta, enseñanza, mayorazgos, impuestos, emigración, transportes, pesca, industria, comercio, ejército, así como cartografía del Archipiélago. Respecto de la moral de los canarios, se subraya el elevado grado de honradez, fidelidad, medida, fiabilidad y sentimientos de honor, pero igualmente de su disfrute de los placeres de la vida: “Son en alto grado entregados a los deleites sensuales, por lo que, en la mayor parte de los casos, los matrimonios se ven bendecidos por numerosa descendencia”.

La segunda aportación ofrece un amplio recorrido por la historia de las Islas: la Antigüedad, la Conquista y los acontecimientos más relevantes inmediatamente posteriores a ésta, concluyendo con las siguientes palabras: “El comienzo del siglo XVIII había visto extinguirse la lengua guanche en los valles de Güímar, donde había encontrado su último refugio, inadvertida y sin que aún la ciencia le hubiese prestado atención”.

Las 40 páginas dedicadas a Tenerife –isla que Bolle conocía muy bien y a la que denomina “caravasar de navegantes”– consituyen, a nuestro juicio, la mejor guía escrita hasta esa fecha por un autor alemán. En sus reflexiones finales, se destaca la hospitalidad de los tinerfeños: “Al foráneo no se lo mira como algo maravilloso, pero su presencia produce alegría al considerarlo una especie de buena fortuna que aporta al aislamiento algo de variedad y algunas conversaciones sobre el mundo de afuera”.

Este tercer apartado de la obra del naturalista berlinés lo cierra un capítulo dedicado a La Gomera, la isla que más le impactó: por la grandiosidad de su monte y por el devenir histórico de los gomeros, cuyo rudo carácter lleva las huellas de los acontecimientos históricos que vivieron: “Lamentablemente, cuando miramos su historia, lo hacemos sólo a través del prisma de los vicios y debilidades de sus señores [...]. Bondadosos y entregados, pero también irritables y pendencieros, no se ataban a ninguna ley ni divina ni humana”. A este respecto, Bolle pormenoriza la historia del asesinato de Hernán Peraza, en 1488, a manos de aborígenes, cuando se encontraba en una cueva, hoy llamada del Conde, con la bella princesa Iballa, y compara aquel acontecimiento y sus consecuencias con la bíblica historia de Sansón y Dalila. No obstante, concluye diciendo que,





después de haber conocido personalmente a los gomeros, estaba convencido de que, en general, reúnen las excelentes peculiaridades del carácter de los isleños.

Finalmente, son de destacar la observaciones de Bolle en los ámbitos de la lingüística y del turismo. Su buen conocimiento del español y la prolongada estancia en el Archipiélago explican que, a lo largo de su extensa obra, recoja dichos populares o palabras en su uso dialectal. Así, al tratar el abejarruco (*Merops apiaster* L.), relata que es de esos pájaros que cogidos de mayores no se adaptan a la cautividad, “se les da una tontura y se mueren de rabia”; y refiriéndose al mar en calma de la zona de Maspalomas, habla de las “Calmas del Sul” [por Sur]. Por otro lado, es de suponer que el conjunto de la obra del naturalista berlinés estimulara a los lectores de lengua alemana, tanto científicos, como aquejados de diversas dolencias, para venir a las Islas. Su definición del clima del Archipiélago como el más agradable y saludable del mundo, las informaciones de los científicos que habían subido al Teide, las posibilidades de alojamiento en Tenerife, los consejos que da a los turistas y las excursiones que propone a los interesados en los helechos (a Madre del Agua en el bosque de Agüere y al bosque de Agua García) debieron de surtir un importante efecto propagandístico.

Su valiosísima contribución a la investigación científica decimonónica del Archipiélago le hicieron merecedor de un puesto en la Fuente de los Sabios del Jardín Botánico de Gran Canaria.

## Selección bibliográfica

SARMIENTO PÉREZ, Marcos (2005). Las Islas Canarias en los textos alemanes (1494-1865). Las Palmas de Gran Canaria: Anroart.